

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía



TOMASÍN, IN MEMORIAM

Por Braulio G. Bautista

Hace diez años que enterramos a Tomásín. Aquel día cayó un intenso aguacero mientras depositaban su ataúd en un nicho del cementerio de La Atalaya. Todos los presentes, a pesar de la pena, teníamos en el rostro una expresión cercana a la sonrisa: se nos iba alguien con quien seguro habíamos reído mucho en algún momento de nuestras vidas. Alguien con quien nunca tuvimos un conflicto serio, aunque, a lo mejor, alguna vez nos impusiera una rigurosa multa de una peseta, o nos dedicara un merecido insulto, si tratamos de tirarle de la lengua en uno de sus días hoscos.

Se nos iba la inocencia y la picardía, la elocuencia del disparate, el actor capaz del mimetismo más sorprendente en los gestos, el tempo y la entonación, la bondad de un niño viejo y además, el mejor alcalde, el más laureado general, el médico más entregado, el municipal más estricto, o el "Don Bruno" más piadoso que Guía jamás tuvo.

Siempre he dicho que si Tomásín rayaba en lo "normal" había que agradecersele, sin duda alguna, a Barbarita y Cenobito, sus padres, y a todos sus hermanos, quienes le dieron desde pequeño un trato diferente al que se les solía dispensar en aquellas épocas a los entonces llamados "subnormales", muchas veces condenados a vivir, como causa de oprobio, encadenados o enclaustrados en un cuarto oscuro.

Son muchos los buenos ratos que, desde pequeño, pasé con Tomásín, pero recuerdo particularmente el que se produjo un buen día, en uno de mis fugaces retornos al pueblo, cuando, enterado de que Don Tomásín estaba ejerciendo de "Médico del Seguro", me acerqué hasta su casa, acompañado de una pareja amiga, con la intención de que me recetara algo. Barbarita, ancianita ya, a quien preguntamos por el galeno, nos dijo, muy seria en su papel de enfermera,

-“Voy a ver si el doctor puede recibirlos ahora, suban por favor”.

Al cabo de unos minutos Tomásín emergió del fondo de la casa con una bata blanca, un fonendo, o estetoscopio, dispuesto muy profesionalmente en el cuello, y un termómetro y algunos bolígrafos en el bolsillo superior de la impoluta bata. Después de saludarnos con la gravedad propia de un Nobel en medicina, nos hizo pasar a su despacho y nos mostró la camilla que le habían fabricado, creo que nos dijo, entre Lalo Candelaria y Cesar Calero.

-“Bueno, ¿y qué te pasa Bravio?” - Me preguntó, mientras se mecía el mentón, cada vez más imbuido en su científico papel-.

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

-“Nada doctor, que tengo un dolor de barriga del carajo arriba”...

Se acercó a mí y me tomó el pulso con resolución, mientras consultaba un inexistente reloj de pulsera.

-“Vamos a ver... Vamos a ver... tiéndete en la camilla y súbete la camisa”- me ordenó de forma concisa, tajante, y yo, claro, fingiendo el azoramiento que siempre nos producen los médicos, le obedecí de inmediato.

Entonces puso sus manos regordetas y arrugadas en mi vientre y empezó a palpar como lo hubiese hecho el mismo Don Ramón Jiménez. Mientras me sobaba el vientre con displicente profesionalidad, sostenía una intrascendente conversación con la pareja que me acompañaba... De vez en cuando volvía la vista a mí y me preguntaba :

-¿Te duele...? - me daba unos golpecitos con sus dedos en el abdomen, como cualquier facultativo que se precie, y volvía a preguntarme:

-¿Y ahora... te duele ahora...?

Después de unos minutos de palparme, me dijo, sin quitarle el ojo de encima a la única mujer en la habitación:

“Tú no tienes ná, coño, así que vístete y sal de mi despacho”

Pero como yo me resistiera revolcándome en la camilla, asegurándole que padecía un dolor muy intenso y rogándole que, por favor, me siguiera observando o me recetara algo que me aliviara... el muy cabrón, se acercó a una mesa, cogió un cuchillo canario lleno de herrumbre y me dijo:

“Bueno, entonces vamos a rajarte a ver qué coño te pasa”...

“Nooo Don Tomás, no hace falta, ya se me quitó el dolor” - le grité mientras me ponía a salvo detrás de la camilla- Entonces “el doctor”, de forma muy autoritaria nos dijo:

“Tú y tú- señalándonos a mí y al otro varón- venga, pa´ fuera del despacho... ahora voy curar a ésta señorita”...

-El muy cabrito quería quedarse a solas con la chica que nos acompañaba para “auscultarla” minuciosamente...- Ella, por supuesto, se negó en redondo a que “el doctor” la atendiera privadamente y el hombre se nos quedó más amaguao qu´el carajo.

Ese era el lado pícaro, enamoradizo, apasionado, seductor, de Tomasín...

Después de pagarle, rigurosamente, “la consulta” nos marchamos de su casa “ofendidísimos”, asegurándole, para molestarlo y ver su reacción, que le daríamos cuenta de sus licenciosas intenciones con nuestra acompañante a Miche la de Severito, “su novia”

Guía de Gran Canaria

Ciudad de Guía

de toda la vida... Él, mientras, desde lo alto de la escalera, nos gritaba fuera de sí, dedicándonos sus más elaborados insultos y bravatas.

Como les decía, ese es uno de los más vívidos recuerdos que tengo de mi viejo amigo... Menos mal que por la tarde ya se había olvidado del incidente y me saludó muy cariñoso.

Estoy seguro que, desde algún lugar, Tomásín sigue observando a su pueblo con una "**ira y un sonrojo**" cada vez más intensos.

Ha dicho.

(<http://www.braulio.com/>, Discografía, Canto a Canarias I, "Tomásín")

Miami, 1 de enero de 2010.